



**HAL**  
open science

## **Alvaro Mutis: la historia sin ilusiones**

Rodolfo de Roux

► **To cite this version:**

Rodolfo de Roux. Alvaro Mutis: la historia sin ilusiones. Caravelle. Cahiers du monde hispanique et lusobrésilien, 2006, 86, pp.229-246. <halshs-00487890>

**HAL Id: halshs-00487890**

**<https://shs.hal.science/halshs-00487890v1>**

Submitted on 31 May 2010

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



HAL Authorization

## *Alvaro Mutis: la historia sin ilusiones*

PAR

**Rodolfo DE ROUX**

*Université de Toulouse-Le Mirail*

*A mayor lucidez mayor desesperanza y a mayor  
desesperanza mayor posibilidad de ser lúcido.<sup>1</sup>*

*Sigo convencido de que vivimos una época de infamia,  
pero es lo mismo que se ha vivido siempre.<sup>2</sup>*

### **Una tiniebla llamada Historia<sup>3</sup>**

Para Mutis, como dijera Shakespeare, la historia humana es un cuento contado por un idiota; algo sin sentido<sup>4</sup>. De ahí que considere que «cada poema no es sino el testimonio de un incesante fracaso»<sup>5</sup> y lo

---

<sup>1</sup> Alvaro Mutis, *La desesperanza* (1965), conferencia pronunciada en la UNAM (Ciudad de México), reproducida en *La muerte del estratega. Narraciones, prosas y ensayos*, F.C.E., México, 1995, p. 173.

<sup>2</sup> Palabras de Mutis en una entrevista con Jacques Gilard el 15 de noviembre de 1993. «Entretien avec Alvaro Mutis», *Caravelle*, Université de Toulouse-Le Mirail, n° 64, 1995, p. 180.

<sup>3</sup> Aunque la visión histórica de Mutis aparece claramente en sus poesías, cuentos y novelas, privilegio en este sucinto trabajo las múltiples entrevistas que ha dado, lo mismo que sus numerosas notas y artículos publicados en diversos medios entre 1943 y 1998 en los cuales explicita sus devociones, dudas y rechazos históricos.

<sup>4</sup> «Esto (la existencia) es un cuento, ya lo dijo Shakespeare. Esto es un cuento contado por un idiota. Esto no tiene ningún sentido», «Maqroll, la vigilancia del orden: entrevista con Álvaro Mutis» por Jacobo Sefamí, 1988 (in AA.VV., *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero. 1988-1993*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1993, p. 144. De ahora en adelante se citará, TR).

<sup>5</sup> «Jorge E. Eielson» (México, 12 de mayo de 1979), in Alvaro Mutis, *De lecturas y algo del mundo (1943-1998)*, compilación, prólogo y notas de Santiago Mutis D., Seix Barral, Bogotá, 1999, p. 34 (de ahora en adelante se citará, DL).

único que quedará del naufragio al que toda carne está abocada<sup>6</sup>. Sin embargo a lo largo de su obra hay un evidente interés por la evocación de hechos y personajes históricos.

¿Qué puede interesarle de una historia sin sentido? No se trata de la comprensión de estructuras o de dinámicas sociales con vistas a un hipotético mejoramiento de la convivencia humana<sup>7</sup>, pues Mutis considera la noción de progreso como «la gran tartufada inventada en el siglo XVIII». A lo cual añade tajantemente : «Yo no creo que vamos a ninguna parte (...) La historia la veo como una especie de magma que se mueve y se desplaza sin propósito alguno... la idea de un plan preconcebido y de una marcha de la civilización hacia alguna parte es una sandez absoluta. (...) La historia es un desorden y un caos»<sup>8</sup> que algunos tratan de hacer llevadero con ingenuas utopías que niegan la evidencia de nuestra irremediable miseria e inapelable final en el polvo y el olvido<sup>9</sup>.

Lo que le fascina a Mutis de la historia es que se trata de «una ficción con vidas reales»<sup>10</sup> que le permite la contemplación, sin posibilidad de remedio, del vano espectáculo del poder que será corroído inexorablemente por la muerte. En su confesa afición por la lectura de libros de historia le atrae a Mutis «el espectáculo del hombre que cree tener el poder. Engañándose, dejándose engañar, viajando por mares, por desiertos, conquistando, destruyéndose en lo conquistado. Ese eterno engaño del hombre sobre sí mismo, sobre sus capacidades, sobre sus

---

<sup>6</sup> «Todos nosotros vamos a morir y el mundo también, ¿entonces para qué escribir poesía?» Porque «finalmente, lo único que no va a morir es la poesía» (in Eduardo García Aguilar, *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual de Alvaro Mutis*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993, p. 125. De ahora en adelante se citará, CF).

<sup>7</sup> «No me interesa la historia como proceso de desarrollo de una determinada cultura, o las etapas que ha cumplido ese proceso. Me interesa el destino de los hombres, ese momento en que confluyen el destino de los hombres y lo que se llama el curso de la historia, que no sabemos muy bien lo que es...» (CF, p. 45).

<sup>8</sup> CF, p. 47-48. Por otro lado, como veremos luego, hay en Mutis un deseo de orden; ¿su estima por el cristianismo no viene de la voluntad de este último de darle un significado al caos?

<sup>9</sup> «Hay muchas razones para creer que esas edades de abundancia, prosperidad y paz que se mencionan en los anales de la historia, son más bien una ingenua utopía con la que han tratado de consolarnos los cronistas a fin de que el hombre no pierda toda esperanza de instalar un día el paraíso en el planeta. (...) Pero el hombre seguirá siendo, tal vez para beneficio de la especie, un optimista incorregible. Es curioso, empero, anotar que textos como el *Eclesiastés*, que tratan de volver a los pueblos a la *evidencia de su irremediable miseria y de su inapelable final en el polvo y el olvido*, existen en todas las religiones de la tierra. Es como si una voz interior se encargara de mantenernos alertas sobre el trágico destino que nos ha tocado en suerte», «Hora de tinieblas» (1982), in DL, p. 209-210. Las itálicas son mías.

<sup>10</sup> CF, p. 47.

virtudes. El creer que deja la huella de sus conocimientos, de su saber, de sus deseos y no deja absolutamente nada»<sup>11</sup>.

Paradójicamente la historia sólo enseña que no enseña nada, salvo que «el Infierno existe, es la historia»<sup>12</sup>. Al evocar a Auschwitz, Buchenwald, el Gulag, Hiroshima y Vietnam, Mutis afirma que «no tenemos ya derecho de abrigar ilusión alguna sobre la fiera que duerme en el hombre»<sup>13</sup>, ni podemos tomar en serio los «anuncios de paraísos en la tierra, nimbados con la luz de un ilusorio progreso indemostrable»,<sup>14</sup> pues los humanos son «una especie que lleva en sí el sello cainita de matar por placer»<sup>15</sup>.

La historia es muerte, desilusión y ruina<sup>16</sup>. En consecuencia, Mutis concibe la existencia como un hospital en el que intentamos vanamente curarnos de «todos esos pasos que da el hombre usándose para la muerte, gastando sus fuerzas y sus bienes para llegar a la tumba y terminar encogido en la ojera de su propio desperdicio»<sup>17</sup>. Hospital, y también campo de batalla pues «la batalla y el hospital son la más cercana presencia de la muerte, de la destrucción, del cambio del destino en cada

11 «La historia como estética», entrevista con Alfredo Barnechea y José Miguel Oviedo, 1974, in Alvaro Mutis, *Poesía y Prosa*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1981, p. 590 (de ahora en adelante, PP).

12 «El Infierno existe, es la historia». Esta frase de Jean Cocteau dicha a Julien Green y que éste registra en su *Diario*, ha sido para mí, desde el día en que cayó bajo mi vista, motivo de largas reflexiones y atónitos descubrimientos. En efecto, siempre me habían despertado serias sospechas los clásicos historiadores decimonónicos —Michelet y Macaulay a la cabeza— que narran la historia como una incesante lección que, escuchada y seguida por los hombres, los conduce por el camino del progreso y el cumplimiento de una vida mejor y más justa. Pero he pensado siempre como Louis Gillet que, después de Auschwitz e Hiroshima, esa clase de ingenuas necedades no es de recibo ni siquiera entre gentes de mediana inteligencia» («La paciencia visionaria de Miguel de Ferdinandy», 1995, in DL, p. 116). Mutis había expresado la misma idea quince años antes en «La herencia de Caín», *Novedades*, México, 8 de abril de 1980: «Después de Auschwitz, después de Hiroshima, después de Vietnam, después del Gulag que cumplió el medio siglo, quien guarde alguna ilusión sobre las virtudes y la capacidad de progreso moral de nuestra especie es un cándido y un sandio» (DL, p. 154).

13 «La conspiración de los zombies», Palabras en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, Zacatecas, México, 9 abril 1997 (DL, p. 267).

14 «La paciencia visionaria de Miguel de Ferdinandy», 1995, *op. cit.* (DL, p. 117).

15 «Juan Carlos I o el deber como destino», *Novedades*, México, 11 de octubre de 1980 (DL, p. 167). La misma idea en el citado artículo «La herencia de Caín»: «... que no nos quede ya ninguna ilusión sobre nuestra condición de cumplidos y fieles herederos de Caín. (...) así somos y la crueldad, la sangre y la muerte nos acompañarán siempre» (DL, p. 155).

16 «Todo torna a su sitio usado y pobre/ y un silencio juicioso se extiende, polvoso y denso,/ sobre cada cosa, sobre cada impulso/ que viene a morir contra la cerrada coraza de los días.» (*Batallas hubo*, PP, p. 79).

17 *Reseña de los hospitales de Ultramar* (PP, p. 94).

minuto»<sup>18</sup>. Son significativos, en ese sentido, los títulos de algunos grandes poemas de Mutis: *Los elementos del desastre*, *Los trabajos perdidos*, *Reseña de los hospitales de ultramar*, que evocan la decadencia y la soledad, la corrupción física y moral, la trivialidad y la hostilidad de la existencia que, como un río, se desliza ineluctablemente hacia la muerte. Por ello en Mutis los ríos ejercen una gran fascinación; él mismo lo dice recordando el conocido verso de Jorge Manrique: «nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir».<sup>19</sup> Mientras tanto, *carpe diem*; lo mejor es llenar el fugaz intervalo entre el nacer y el morir con la acción y la aventura... que también se nos escapan como arena en las manos<sup>20</sup>: «¡Escuchen el amortiguado paso de los ruidos lejanos, que dicen de la presencia de un mundo que viaja ordenadamente al desastre de los años, al olvido, al asombro desnudo del tiempo!»<sup>21</sup> Desastre y olvido que también consumirán a los «grandes» de este mundo a quienes, como hace Mutis con su admirado Felipe II, sólo resta dedicar un «poema de lástimas» para recordar «Cuánta mugrienta soledad cobija sus rezos interminables, sus vanas súplicas»<sup>22</sup>.

Esta visión desesperanzada está anclada en profundas vivencias a las que el poeta ha aludido en diversas circunstancias: el desasosgado desarraigo producido por un continuo exilio personal que Mutis experimentó desde la infancia y que ha terminado por identificar con el hecho mismo de existir<sup>23</sup>; las atrocidades de la guerra de España (1936-1939) y de la Segunda Guerra Mundial que siguió paso a paso como encargado de las noticias en la Radio Nacional de Colombia<sup>24</sup>; quince

18 «La vida, la vida verdaderamente vivida», entrevista por Guillermo Sheridan, Revista UNAM, vol. XXXI, N° 3, noviembre 1976 (in PP, p. 637).

19 CF, p. 147.

20 «Siento (por la acción, la aventura, una vida llena de sorpresas y cambios radicales) una atracción muy parecida a la que otros sienten por el poder. Pero, al final, la acción también es nada. No existe, no se hace nada. Es otra vez tener arena en las manos» (CF, p. 69).

21 *Reseña de los hospitales de Ultramar* (PP, p. 95).

22 «Apuntes para un poema de lástimas a la memoria de su majestad el rey Felipe II» (PP, p. 19).

23 «...estamos exiliados donde estemos; donde vivamos, somos unos eternos exiliados. Cada vez más, me identifico con personajes de Conrad como Axel Heyst, el de *Victoria*, sobre todo con él y, en fin, con algunos otros personajes (el mismo Almayer), y me doy cuenta que no tengo asidero. He sido un viajero continuo. En Colombia, cuando trabajaba para la Standard Oil, viajé por toda América Latina, volví a Europa. Después, aquí en México, he trabajado durante veinte años para compañías de cine y viajó continuamente por América Latina. Todos los años viajo a España, hago un salto a París. Pero ya ninguno de estos viajes es para curar ningún exilio; al contrario, lo agudizan, lo hacen mucho peor, es un exilio interior. Pero si está bien visto, sí hay una agudización de esa conciencia de que estamos exiliados donde quiera que estemos», «Maqroll, la vigilancia del orden: entrevista con Álvaro Mutis» por Jacobo Sefami, 1988 (in TR, p. 127).

24 J.S.: ¿Tiene alguna importancia la Segunda Guerra Mundial en su obra?

meses de prisión en la cárcel mexicana de Lecumberri (entre 1958 y 1959) que lo dejaron «con casi ninguna esperanza sobre la capacidad que tiene el hombre (...) para hacerse algún bien a sí mismo y por ende a sus semejantes»<sup>25</sup>; la meditación sobre los campos de concentración, el nazismo, el fascismo y el estalinismo, horrores del siglo XX a los que en numerosos artículos de prensa se ha referido Mutis; y, para terminar, pero no por ello menos importante, la imborrable experiencia juvenil de una naturaleza tropical que todo lo consume:

... lo que a mí me sorprendía viniendo de Bruselas, donde había pasado mi niñez, era la velocidad con que las cosas en el trópico se van deshaciendo, se van usando, se van gastando; las cosas y las personas; la rapidez con que se oxida, se destruye y se vuelve a la tierra todo. (...) En contra del paisaje flamenco y, en general, del europeo, que es un paisaje civilizado, medido, ponderado, cuadrículado, donde todo dura para siempre (...). Este contraste fue el que me hizo que me quedara una imagen de destrucción; más que de destrucción, la palabra sería desgaste.<sup>26</sup>

No me parece que la trágica situación de violencia sociopolítica vivida en Colombia desde hace más de cincuenta años haya sido un elemento decisivo en la formación de la radical desilusión histórica que caracteriza la visión de Mutis. Yo diría, más bien, que la situación colombiana le ha servido para confirmar una desesperanza radical que le acompaña desde sus primeras líneas<sup>27</sup> y que ha encarnado en ese *alter ego* que es

A.M.: Muchísima. Primero la guerra de España. Fue muy impresionante. Alguna parte de mi familia estaba en España. Inmediatamente después la guerra mundial. La invasión de Francia, la invasión de Bélgica: esto vivido desde Colombia, pues era una especie de oscurecimiento... Fue algo que me golpeó muchísimo. Yo ya trabajaba en la Radio Nacional. Estaba encargado de las noticias; vivía muy al día todas las incidencias de la guerra. Sobre todo, esa Europa encerrada, encarcelada, entre alambres de púas, como yo la veía. Era algo tan absolutamente intolerable, tan doloroso, tan insoportable. Además, sentirse preso en América Latina. Yo pensaba: me voy a quedar toda la vida en este país... que al mismo tiempo me gusta, me atrae, y es mío y tal, pero tiene problemas culturales y sociales que me parecían horribles. Yo me sentía arrancado del medio europeo», entrevista por Jacobo Sefamí, 1988, *op. cit.* (TR, p. 124).

25 «... salgo de la cárcel más tranquilo porque he superado una inmensa cantidad de miedos y de fantasmas, salgo estando más cerca de lo mejor que tiene cada hombre, pero también habiendo visto hasta dónde puede descender el ser humano. Ahora me hallo más cerca de los hombres, con más capacidad para dar, para recibir, pero también, con menos entusiasmo para admirar, con más tristeza para soportar, con menos —casi ninguna— esperanza sobre la capacidad que tiene el hombre, que tiene ese pobre animalito abandonado y lastimado que es el hombre, para hacerse algún bien a sí mismo y por ende a sus semejantes», «En la cárcel superé una inmensa cantidad de miedos y de fantasmas», entrevista publicada en *La Calle*, Bogotá, enero 22 de 1960, in PP, p. 564.

26 Entrevista por Jacobo Sefamí, 1988, *op. cit.* (TR, p. 120-121).

27 «Yo creo que la desesperanza es una de las obsesiones que me ha perseguido desde la primera línea. (...) Es una actitud resignada, una aceptación plena del destino, sin pedirle esa supuesta felicidad que el adolescente piensa que está a la vuelta de la esquina y que

Maqroll<sup>28</sup>, el que está arriba, en la gavia, y que por ello «ve más lejos y anuncia y ve por los otros»<sup>29</sup>, pobres ciegos, «incapaces de verse a sí mismos, y de ver la fugacidad de su destino y la inutilidad de su presencia en el mundo»<sup>30</sup>. *Vanitas vanitatum* podría ser la divisa de este moderno Qohelet, o moderno Sísifo cuya «existencia adquiere sentido en la realización de sus tareas; no importa si fracasa en ellas»<sup>31</sup>.

Para Mutis-Maqroll la obsesión de la descomposición, de la putrefacción de los elementos, del universal deterioro al que irremediamente nos somete el tiempo, nos permite únicamente el goce efímero o rescatar por la memoria del goce algunos instantes de plenitud pasada<sup>32</sup>. Mutis, poeta del deterioro, se encargará de rescatar sus muy personales «momentos estelares de la humanidad», no para admirar o consolarse ante el espectáculo de la grandeza humana sino precisamente para poner más de relieve la vacuidad de toda existencia, por fastuosa o heroica que fuere.

## Filias

A lo largo de su perpetua errancia, Maqroll lleva con frecuencia algún libro de historia,<sup>33</sup> más concretamente de historia de Europa, que le sirve para meditar en la vanidad de los destinos, aun de los más gloriosos. No en vano Mutis ha declarado haber reflexionado largamente sobre ciertos «grandes ciclos históricos» que le interesan por profundas y arraigadas

pueblos como Estados Unidos, por su formación protestante y por otras razones, piensan que también la tienen a la vuelta de la esquina. Por eso son capaces de destruir el mundo buscando una felicidad hollywoodiense y de supermercado, que es una de las grandes miserias de nuestra época» (CF, p. 22).

28 «No hay nada en Maqroll que no sea mío» (PP, p. 636).

29 Entrevista por Guillermo Sheridan, 1976, *op. cit.* (PP, p. 644).

30 «Dice (Shakespeare, en *El Rey Lear*) 'los poetas son los espías de Dios'. Esta condición de espía, de buscar en esa tiniebla que llamamos la realidad, ese otro lado siempre oscuro, de denunciarlo y de ponerlo en evidencia. Ése es el trabajo y ésa es la función esencial del poeta. (...) El poeta es el espía de Dios, en el sentido de que le muestra a los otros hombres una parte que ellos han querido ocultar, o necesitado ocultar, para seguir viviendo una rutina cotidiana que les permite huir al horror de verse a sí mismos, y de ver la fugacidad de su destino y la inutilidad de su presencia en el mundo», in «Maqroll y las batallas perdidas», Diálogo con José Balza y José Ramón Medina, *Folios*, Revista de Monte Avila Editores, n° 24, julio-agosto de 1992 (TR, p. 72).

31 Según Mutis, Maqroll «encuentra grandeza en sus desventuras, en sus fracasos. (...) El Gaviero es la representación moderna de Sísifo. Su existencia adquiere sentido en la realización de sus tareas. No importa si fracasa en ellas», Entrevista con Anne-Marie Mergier, París, Noviembre 1989 (TR, p. 65).

32 Véanse, en ese sentido, sus obras *El último rostro* y *La muerte del estratega*.

33 Como la *Encuesta del Preboste de París sobre el asesinato del Duque de Orléans*, *La vida de San Francisco de Asís* de Joergensen, o la obra de Gabory sobre las guerras de la Vendée.

convicciones filosóficas y no, como en Rubén Darío o Borges, como simple recurso literario. Esas «zonas de la historia» que Mutis ha frecuentado durante «años de lectura» son el siglo de Augusto, la historia de Bizancio, la Guerra de los Cien Años, la España de los Austrias, las guerras de religión, la Guerra de los Treinta Años, el Consulado y el Imperio napoleónicos<sup>34</sup>.

De aquel pasado en ruinas Mutis añora la Bizancio imperial, después de cuya caída «el hombre no volverá a tener ocasión de cumplir el más alto destino que recuerda su paso por la Tierra»<sup>35</sup>. El poeta privilegia igualmente la Edad Media, a la que califica como «una de las épocas más luminosas y claras que ha vivido el hombre de Occidente»<sup>36</sup>. Y considera la Europa mediterránea como espacio cultural en el que «ha estado siempre» y sigue estando, si es que la hay, «alguna posibilidad de supervivencia para esta especie depredadora» que llamamos humana<sup>37</sup>.

---

<sup>34</sup> «A mí me interesan grandes ciclos históricos sobre los cuales he vivido horas y años de lectura, que de hecho son los siguientes: Primero, el siglo de Augusto en Roma; después Bizancio, toda la historia de Bizancio, desde la fundación en el imperio de Oriente, paralelo con el imperio de Occidente con capital en Milán; después me interesa profundamente la Guerra de los Cien Años, que comienza verdaderamente en la Guerra de las Dos Rosas en Inglaterra. En seguida, me interesa enormemente la España de los Austrias y, básicamente, Carlos V, (...) y después, desde luego, todos los Austrias. Después las guerras de religión y la Guerra de los treinta años, y después el Consulado y el Imperio. Esos temas, esos mundos, esas grandes zonas de la historia me interesan profundamente, pero no me interesan como adorno para mi poesía, que es como le interesaron a Rubén Darío las pequeñas alusiones que hace a la historia; y como le interesan a Borges, como un pequeño adorno cuidadosamente colocado, para dar cierta profundidad y dar un tono esotérico a sus narraciones y a su poesía. En mi caso es un interés profundo, ligado con convicciones filosóficas y muy profundas, religiosas si se quiere decir así, muy arraigadas en mí», in «Entrevista a Álvaro Mutis», por Augusto Pinilla, mayo de 1989 (TR, p. 96-97).

<sup>35</sup> El 29 de mayo de 1453 los turcos se toman a Constantinopla, la antigua Bizancio de los griegos. «Una era se cierra para siempre. Con Bizancio se pierde la última oportunidad del mundo romano de reinar en Oriente. Los turcos llegarán un día hasta Viena y serán, hasta el fin de los tiempos, una constante amenaza para esa delicada trama de saber, de tradición humanista y de fe irrestricta en los valores del hombre como persona y como creador de verdad y belleza inmutables, que constituye la especie misma del Occidente cristiano.(...) El hombre no volverá a tener ocasión de cumplir el más alto destino que recuerda su paso por la Tierra», in «Intermedio en Constantinopla» (PP, p. 528-529).

<sup>36</sup> «Esa (la Edad Media) me parece una de las épocas más luminosas y claras que ha vivido el hombre de Occidente. Se plantearon allí algunas de las únicas reales posibilidades de vivir noblemente sobre la tierra. Y, justamente, la reforma protestante y el luteranismo acabaron con ese sueño medieval» (CF, p. 41).

<sup>37</sup> «...sigo pensando que, si hay alguna oportunidad de supervivencia para esta especie depredadora, que lleva consigo el estigma de la destrucción de todo lo vivo, esa oportunidad está en el Mediterráneo y creo que allí ha estado siempre», in «Trivía luctuosa», *El País*, Madrid, 1º de abril de 1985 (DL, p. 242).

Mutis admite que a partir de 1981 hay un giro en su obra<sup>38</sup>, influenciado por la consideración de «España y lo español como uno de los más altos y perdurables logros del espíritu de Occidente»<sup>39</sup>. Este «descubrimiento de España» es evocado por Mutis junto al hecho de haber alcanzado «cierta madurez interior, cierta visión más clara de mi posición frente al sentimiento religioso y al sentido de la trascendencia de las cosas y del mundo y de los seres»<sup>40</sup>. Se trata de un sentimiento religioso que, a pesar de su declarado y temprano escepticismo<sup>41</sup>, le ha acompañado con la constante «nostalgia de un catolicismo aventurero y místico a la vez, de cruzada y de sacrificio»<sup>42</sup>. Y para ello, ¿qué mejor que el ejemplo español?

Además de esa mezcla de aventura y mística, del catolicismo —dice Mutis— «me fascina la convicción de que somos de un origen divino que encarna la plenitud de nuestro ser»<sup>43</sup>. «Y si algo —añade—, me mantiene entusiasta y vivo y pegado a ciertas cosas esenciales, es la civilización romana occidental y cristiana» a cuya liquidación, afirma, estamos asistiendo desde el siglo XVI para terminar «viviendo en un mundo de Gulag y de supermercado... (que) a mí no me interesa»<sup>44</sup>.

38 «El descubrimiento de España y la profundidad dentro de mí de lo que España representa ha sido uno de los causantes básicos de este giro...», entrevista por Jacobo Sefamí, 1988, *op. cit.* (TR, p. 128).

39 «Cincuentenario de la guerra española», *Novedades*, México, 19 de agosto de 1986 (DL, p. 255).

40 Entrevista por Jacobo Sefamí, 1988, *op. cit.* (TR, p. 130).

41 «Creo que no tengo fe simplemente por no tener un sentimiento religioso o una preocupación por sus problemas. Pero en cambio, si me pusieran contra una paredón en una situación extrema y me dijeran: ¿Usted qué es?, a mí lo único que se me ocurriría decir es: yo soy católico, romano, occidental... Sencillamente en el último minuto de mi vida pensaría que todo lo que he intentado hacer para entender esta cosa tan torpe y tan absurda que es la vida, lo único que tiene un sentido totalizador es Cristo. Ahora, qué pase después, tengo las mayores dudas. A lo mejor no pasa nada, a lo mejor ya pasó», in «La vida, la vida verdaderamente vivida», entrevista por Guillermo Sheridan, 1976, *op. cit.* (PP, p. 638-639).

42 «Puede ser que haya en mí una nostalgia por una fe religiosa, lo que no deja de ser curioso: desde los ocho años —a pesar de haber estudiado en una escuela de jesuitas— me mostré escéptico ante la religión. Sin embargo, ya adulto empecé a interesarme en lo que de religioso pudieran tener figuras como Carlos V o Felipe II, o situaciones como la batalla de Lepanto o la caída de Constantinopla en manos de los infieles —que me parece una catástrofe terrible, irreparable para el mundo—. Creo que en esa preocupación hay una constante religiosa, una especie de nostalgia de un catolicismo aventurero y místico a la vez, de cruzada y de sacrificio. Pero siempre con nostalgia», entrevista realizada por Ignacio Solares en 1969 (PP, p. 572).

43 CF, p. 37.

44 «Si yo creo en algo y si algo me mantiene entusiasta y vivo y pegado a ciertas cosas esenciales, es la civilización romana occidental cristiana. Yo creo que esa es la realización, el cumplimiento más pleno, más grande, más ambicioso y más extraordinario del hombre sobre la tierra. Creo que estamos asistiendo a su liquidación y a su final, final que comienza con la Reforma protestante y con las ideas generadas por ella y el calvinismo,

Algo que Mutis añora profundamente de esa «civilización romana occidental y cristiana» por él idealizada, es la función sagrada y el origen trascendente del poder de los reyes, que le conferían estabilidad y lo colocaban «por encima de pueriles aventuras y de vanos sueños imposibles y tóxicos»<sup>45</sup> (alusión apenas velada a las modernas utopías sociales). Se trata de una comprensión histórica que Mutis reivindica como «reaccionaria» y cuyo concepto central es «orden», palabra que resume la visión de mundo del poeta, para quien «no hay nada que se parezca más a la muerte que el caos»<sup>46</sup>.

A la manera del orden de los estoicos, para quienes el Destino conduce al que lo acepta y arrastra al que se le resiste<sup>47</sup>, Mutis explora un orden al que no escapamos, como lo expresa en su *Nocturno en Compostela*:

aquí estoy, Boanerges, sólo para decirte  
que he vivido en espera de este instante  
y que todo está ya en orden.  
Porque las caídas, los mezquinos temores,  
las necias empresas que terminan en nada,  
el delirio que se agota en la premiosa  
lentitud de las palabras, las traiciones  
a lo que un día creímos lo mejor de nosotros,  
todo eso y mucho más que callo o que olvido,  
todo es, también, o solamente,  
el orden; porque todo ha sucedido...

---

especialmente. De allí salen las ideas liberales, la tendencia racionalista, en fin, el inmenso engaño de la democracia y la hipocresía que es una de las normas de conducta de pueblos como los Estados Unidos. Estamos ante la liquidación total y la negación total de una fe y del hecho de asumir un origen divino y de saberlo respetar y vivir en ese ámbito. Eso se acabó. Como lo he dicho muchas veces, estamos viviendo en un mundo de Gulag y de supermercado. Ese mundo a mí no me interesa» (CF, p. 36).

<sup>45</sup> «El exacerbado racionalismo del siglo XVIII minó ciertos fundamentos míticos, ciertas corrientes, milenarias y fecundas que otorgaban al poder una función sagrada y un origen trascendente y que lo ponían por encima de pueriles aventuras y de vanos sueños imposibles y tóxicos. Una vez cegada esa fuente de una fuerza mítica que hizo posibles los dólmenes y las catedrales, la Europa unificada que planeó desde Sicilia Federico II Hohenstaufen y el enfrentamiento de Felipe II contra el poder temporal y disociador del papado; una vez silenciada esa voz más antigua que los hermosos dibujos de Altamira, ya todo fue posible y nada puede sorprendernos. La historia se ha convertido en esa pesadilla soñada por un borracho que obsesionó con recurrente lucidez al gran Will», in «Juventud, divino tesoro...», *El País*, Madrid, 11 de diciembre de 1984 (DL, p. 236).

<sup>46</sup> «El otro día me llamaron por teléfono de Colombia para que en una palabra resumiera toda mi noción del mundo, todo lo que pienso de mi poesía, lo que pienso de la vida. Estuve pensando durante un buen rato y volví a llamar a Bogotá a la persona que me había hecho la pregunta y le dije que la palabra es ORDEN. Es decir, no hay nada que se parezca más a la muerte que el caos», entrevista por Jacobo Sefami, 1988, *op. cit.* (TR, p. 149).

<sup>47</sup> *Fata uolentem ducunt, nolentem trahunt.*

En el «Nocturno de Al-Mansurah», que describe la agonía de Luis IX de Francia, «el más grande Rey de Occidente» y venerado patrono de Mutis<sup>48</sup>, el rey reza, antes de morir, «por el orden de su reino». Recordemos también que en *Un homenaje y siete nocturnos*, el último nocturno, dedicado a la noche de los asesinos, concluye el libro de la siguiente manera:

Justo es hablar así sea por una sola vez  
de la noche de los asesinos la noche cómplice  
porque también ella entra en el orden de nuestros días  
y de nada valdría pretender renegar de sus poderes.

Orden y violencia terminan por morderse la cola. Mutis no se hace ilusiones. Tiene la nostalgia de un orden... que no siempre lo fue y que, cuando reinó, fue instaurado —como siempre— mediante la violencia. Esta desilusionada visión sobre las perspectivas de una especie humana «cainita» hacen que, en Mutis, coexistan de manera paradójica «la negación sistemática de toda ley, todo reglamento, toda categoría, todo mandamiento, todo código» y la «celebración de un determinado orden establecido... que podemos llamar divino»<sup>49</sup>. Orden que Mutis encarna en el sistema monárquico, único garante, según él, de estabilidad social<sup>50</sup>.

## Fobias

Las filias históricas de Mutis nos dejan por contrapartida en el umbral de sus fobias y, para comenzar, la democracia, a la que considera como «una mentira y un sueño imbécil» pues «La mayoría no puede producir sino necedades y soluciones mediocres, intermedias y falsas. La mayoría de los hombres es un ganado, un rebaño, y no puede determinar nada.»<sup>51</sup> Por ello, para Mutis, mejor que gobernar apoyándose en el consenso popular «me parece mucho más honesto un monarca de la

<sup>48</sup> Cuyo nombre completo es Luis Alvaro Mutis.

<sup>49</sup> «...hay en mí una contradicción básica, que es una celebración de un determinado orden establecido, fundamentado en la creencia de que trascendemos nuestra condición humana, que hay una trascendencia que rige nuestro destino y en un orden que podemos llamar divino. Esta creencia está simultáneamente jugando dentro de mí con una posición que, por decirlo de una manera fácil, podría llamarse de anarquía absoluta; o sea, la negación sistemática de toda ley, todo reglamento, toda categoría, todo mandamiento, todo código», entrevista por Augusto Pinilla, 1989, *op. cit.* (TR, p. 86-87).

<sup>50</sup> «Mientras las repúblicas piensan y construyen en años, los reinos lo hacen en siglos», in «La lección del buen rey Enrique», *Novedades*, México, 21 de febrero de 1981 (DL, p. 177). «... el orden es fundamental y de ahí mi felicidad y mi interés por la monarquía; es un orden absoluto, está referido a una trascendencia, de origen divino», in «Maqroll, entrevista por Jacobo Sefamí», 1988, *op. cit.* (TR, p. 149).

<sup>51</sup> CF, p. 43.

Edad Media que dice: 'Yo mando porque estoy ungido por el Señor'<sup>52</sup>. Lo curioso es que Mutis, sin pleno convencimiento de la existencia de ese Dios cristiano (cf. notas 41 y 42), fundamente en él su plena adhesión al orden monárquico y su fobia por la democracia:

Me parece mucho más válido un poder cuya fuente es trascendente, viene de origen divino y es asumido como tal por el rey, como una obligación ante un ser y una instancia superiores a los hombres. (...) Eso me parece muchísimo más aceptable y comulgo y vivo con eso muchísimo mejor que con leyes, reglamentos y códigos suscritos por un consenso mayoritario, a los que me tengo que sujetar y han sido creados por hombres parecidos a mí.<sup>53</sup>

La postura antidemocrática va pareja en Mutis con una crítica a los diversos totalitarismos del siglo XX. Los horrores del fascismo y del nazismo son atribuidos a las «ensoñaciones bobaliconas y a los juegos enfermizos» de una frustrada y despreciable pequeña clase media italiana, alemana y española, prueba de que «con los pequeños burgueses no se juega y que es mejor dejarlos tranquilos»<sup>54</sup>. Pero los dardos más acerados y reiterados van dirigidos contra el ominoso<sup>55</sup>, «largo y sombrío horror del estalinismo»<sup>56</sup>, y contra el «odio y saña del Estado soviético»<sup>57</sup> cuya «estulticia, sadismo y ausencia absoluta del más elemental sentido de humanidad»<sup>58</sup> hicieron imperar en la Unión Soviética un «asfixiante clima represivo»<sup>59</sup>. A la raíz de tan funestos errores está, según Mutis, la creencia idiota de que se puede alcanzar la felicidad en esta tierra<sup>60</sup>.

---

<sup>52</sup> CF, p. 44.

<sup>53</sup> CF, p. 54.

<sup>54</sup> «El fascismo fue una ideología —o como quiera llamársela— nacida en las mentes de la pequeña clase media italiana y que luego fructificó generosamente en el mismo nivel social en Alemania y en España. En Alemania tuvo un éxito inmediato y atroz. Era natural: nadie más dado a las ensoñaciones bobaliconas y a los juegos enfermizos, símbolos ambos de una larga frustración, que el pequeño burgués alemán. Que toda esa lamentable parafernalia de uniformes, desfiles y pomposa literatura de la que se escapa un inconfundible olor a col agria y salchicha, hubiera desembocado en un holocausto pavoroso y en la casi extinción de un pueblo varias veces milenario, como el judío, sólo prueba que con los pequeños burgueses no se juega y que es mejor dejarlos tranquilos», in «¿Nostalgia o pereza?», *Novedades*, México, 1º de abril de 1980 (DL, p. 151).

<sup>55</sup> «... ese atentado gigantesco, impune y, por ominoso que parezca, cantado y aplaudido, que se llamó el estalinismo», in «Pensando en Víctor Serge», *Novedades*, México D.F., 3 de enero de 1981 (DL, p. 170).

<sup>56</sup> *Novedades*, México D.F., 30 de agosto de 1980 (DL, p. 162-163).

<sup>57</sup> «... el odio y la saña del Estado soviético contra todo lo que, así sea de lejos, tenga el sospechoso olor de inteligencia o la más leve aura de imaginación creadora», in «La cancelación de la esperanza», *Novedades*, México D.F., 18 de abril de 1981 (DL, p. 182).

<sup>58</sup> «Disidente a su pesar», *Uno más uno*, México D.F., 1978 (DL, p. 139-141).

<sup>59</sup> «... el asfixiante clima represivo que impera en la URSS por obra de una cínica minoría de burócratas, eternizados en el poder gracias a métodos que prolongan los

Si los soviéticos se ganan las críticas más duras de Mutis por haber intentado imponer con el terror el «falso paraíso socialista», los Estados Unidos también son objeto de sus flechas por ser «capaces de destruir el mundo buscando una felicidad hollywoodiense y de supermercado» que creen, de manera adolescente, que está disponible a la vuelta de la esquina<sup>61</sup>. Mutis es implacable con la mediocridad de los dirigentes políticos estadounidenses<sup>62</sup>, con sus «errores garrafales», su «desviada mala fe», su «delirio paranoico de poder», su «ebriedad de riqueza ilimitada». Aunque advierte que «los Estados Unidos siguen siendo los depositarios de una serie de virtudes y fuerzas civilizadoras, cuya desaparición, en un inmediato futuro, podría constituir la más grave catástrofe del mundo occidental y cristiano»<sup>63</sup>. No precisa, sin embargo, en qué consisten esa «serie de virtudes y fuerzas civilizadoras». Y nos resulta difícil adivinarlo pues, en otros momentos, Mutis ha afirmado su rotundo rechazo a los ideales protestantes, liberales y democráticos constitutivos, precisamente, de la nación estadounidense.<sup>64</sup> A lo anterior hay que añadir que los Estados Unidos son el prototipo de otra de las grandes fobias de nuestro poeta, la sociedad de consumo: «representación moderna del infierno del Dante»<sup>65</sup> y «paraíso impostor»<sup>66</sup> que promete

---

usados por Iván el Terrible y Pedro el Grande», in «En el carnaval de la historia», *Novedades*, México D.F., 11 de marzo de 1980 (DL, p. 148-149).

60 «La felicidad y seamos felices y todo eso sólo pasa en los falsos paraísos socialistas. (...) Hay que ser muy idiota para ser de veras feliz, hay que ser lelo», entrevista por Guillermo Sheridan, *Revista UNAM*, 1976, *op. cit.* (PP, p. 647).

61 CF, p. 22 (véase más arriba la nota 27).

62 «... la espesa vulgaridad que distingue a los tiempos que corren. Si existe el riesgo de que pueda llegar un mediocre 'astro' del cine a la silla de Washington y de Lincoln, es poco ya lo que nos queda por ver en esta materia», in «El final de un *parvenu*», *Novedades*, México, 16 de agosto de 1980 (DL, p. 161).

63 «...con todo y sus errores garrafales y su desviada mala fe, nacida de un monstruoso endiosamiento de los llamados bienes materiales, los Estados Unidos siguen siendo los depositarios de una serie de virtudes y fuerzas civilizadoras, cuya desaparición en un inmediato futuro, podría constituir la más grave catástrofe del mundo occidental y cristiano. No podemos, no debemos confundir el delirio paranoico de poder, la ebriedad de riqueza ilimitada, que constituyen el credo y la norma de conducta de un grupo de dirigentes mediocres, con una tradición de respeto y engrandecimiento de los más altos valores del espíritu...», «La quimera del éxito», *Novedades*, México, 22 de mayo de 1982 (DL, p. 222-223).

64 CF, p. 36. Ver nota 44.

65 «... un mundo que se ahoga en un mar de vulgaridad y que se entrega, con el desenfreno de los lelos, a la satisfacción de sus apetencias más elementales, dando así lugar a esa representación moderna del infierno del Dante que es la sociedad de consumo», «Otra alternativa: el silencio», *Novedades*, México, 26 de septiembre de 1981 (DL, p. 195).

66 «... el paraíso impostor de la llamada sociedad de consumo: ese vasto *supermarket* en el que estamos naufragando sin remedio», «La conspiración de los *zombies*», palabras en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Española, Zacatecas, México, 9 de abril de 1997 (DL, p. 267).

una miserable felicidad de supermercado<sup>67</sup>, lugar éste que se ha constituido en la más visible manifestación de esa «aparatoso nadería que llaman progreso»<sup>68</sup>. Progreso no sólo ilusorio sino también justificador de un mortífero colonialismo «expresado con la torcida intención civilizadora con la que, inevitablemente, se sigue tratando de disculpar el monstruoso atropello. (...) Cuando hoy seguimos escuchando el canto de las sirenas de la *ayuda técnica, el intercambio cultural, los planes de recuperación económica* (...) ya sabemos a qué atenernos y quiénes van a pagar tan encomiables empresas y en qué forma. Que lo digan Vietnam, Argelia, Nicaragua, Afganistán, Cambodiaa y El Salvador»<sup>69</sup>.

Obedeciendo a una visión moral de la historia —y no a un análisis político o económico—, Mutis se pregunta si el terrorismo reciente que asola a algunos países europeos no es precisamente la manera de pagar «la imborrable mancha de sus guerras coloniales», y concluye que:

Caín ha vivido entre los blancos de Occidente, a cambio de masacrar a sus hermanos de otras razas, moradores de horizontes apartados que en una época le sirvieron de despensa y exutorio a su pasión homicida. Y esa paz tiene un precio que en alguna forma debe pagarse.<sup>70</sup>

El precio de ese pasado colonial lo pagan también, y peor, los antiguos colonizados. Tal es el caso de América Latina, víctima de «herencias culturales e históricas terribles»<sup>71</sup>, cuyas repúblicas nacieron «delgigantesco y fatal error que se llamó la independencia»<sup>72</sup>. En su escrito *El último rostro*, Mutis pone en boca de Simón Bolívar las

<sup>67</sup> «... yo no acepto esta época, y hubiera querido no nacer en esta época (me parece odioso vivir en una época cuyo ambiente es el más parecido al de un supermercado: siento que estamos absolutamente cosificados), creo que perdí la batalla», entrevista por José Balza y José Ramón Medina, 1992, *op. cit.* (TR, p. 74).

<sup>68</sup> «Hoy reptamos en las tinieblas de un racionalismo idiota y descansamos en la miserable certeza de un progreso que sólo se manifiesta bajo el neón de los supermercados», «Un espejo distante», *Novedades*, México 15 de noviembre de 1980 (DL, p. 169). En *La nieve del Almirante*, su primera novela, escribe Mutis: «Un día desaparecerá (la selva) sin dejar huellas. Se llenará de caminos, factorías, gentes dedicadas a servir esa aparatosa nadería que llaman progreso.»

<sup>69</sup> «Persistencia de la infamia», *Magazín Dominical de El Espectador*, Bogotá, 17 de enero de 1982 (DL, p. 203).

<sup>70</sup> «Caín entre los blancos», *Novedades*, México, 17 de enero de 1981 (DL, p. 173).

<sup>71</sup> «Francamente no soy muy optimista con relación a este continente. Creo que está pésimo. Hemos tenido una serie de herencias culturales e históricas terribles. Fuimos conquistados y, sobre todo, colonizados, o sea organizados ya como unidades por un país en plena decadencia que fue la España de los Austrias y después de los Borbones. (...) Aquí está muerto todo, está como cubierto de caspa, de polvo, de expedientes, de oficialismo, de burocracia y los intelectuales están untados, contaminados de eso a morir», «No soy muy optimista con relación a este continente», entrevista con Elizabeth Pérez-Luna, *Revista Imagen*, Caracas, n° 110, 1975 (PP, p. 607).

<sup>72</sup> «El auténtico propietario de Las Malvinas», *Novedades*, México D.F., 5 de junio de 1982 (DL, p. 224).

siguientes desengañadas reflexiones que dirige a un coronel polaco de apellido Napierski:

Aquí se frustra toda empresa humana. El desorden vertiginoso del paisaje, los ríos inmensos, el caos de los elementos, la vastedad de las selvas, el clima implacable, trabajan la voluntad y minan las razones profundas, esenciales, para vivir, que heredamos de ustedes (los europeos). Esas razones nos impulsan todavía, pero en el camino nos perdemos en la hueca retórica y en la sanguinaria violencia que todo lo arrasa. Queda una conciencia de lo que debimos hacer y no hicimos y que sigue trabajando allá adentro, haciéndonos inconformes, astutos, frustrados, ruidosos, inconstantes. ( ) ... aquí en América, nos iremos hundiendo en un caos de estériles guerras civiles, de conspiraciones sórdidas y en ellas se perderán toda la energía, toda la fe, toda la razón necesarias para aprovechar y dar sentido al esfuerzo que nos hizo libres. No tenemos remedio, coronel, así somos, así nacimos.<sup>73</sup>

Para Mutis, con la independencia de España «no se consiguió absolutamente nada» salvo cambiar de amos<sup>74</sup>. Las crisis recientes por las que atraviesan los países latinoamericanos lo confirman en su apreciación de que a ese continente parece que lo «dejó para siempre el tren de la historia»<sup>75</sup>. En el caso concreto de su nativa Colombia, Mutis contempla un ya casi bicentenario «espectáculo de guerras civiles, golpes de estado, cinismo cazarro y voracidad implacable que hoy se prolonga sin dar señales de cambiar hacia una vida civilizada y sensata»<sup>76</sup>. Se trata de una constatación, no de un grito de dolor ni de rebeldía pues Mutis reconoce, de manera provocadora, su incapacidad de interesarse «por todo fenómeno político posterior a la caída de Bizancio en manos de los

---

<sup>73</sup> *El último rostro* (PP, 173-175).

<sup>74</sup> «Si miramos la historia vemos que no se consiguió absolutamente nada. Ni la libertad de estos países, en el sentido estricto de la palabra. Lo que cambió fue el estar sujeto a un imperio bastante laxo —los españoles— para entrar en la órbita americana», «La nieve del Almirante: una charla con Alvaro Mutis», por Brian Mallet (TR, p. 82).

<sup>75</sup> «Ahora la crisis se instala en nuestros países como esos tornados se ensañan en ciertas zonas hasta destruirlas por completo. Y la reacción no puede ser más inefable, inmadura e insensata. Hemos caído en una mezcla de impreparación, sorpresa, improvisada política económica e incontrolado pánico. En los países de Europa y Asia, crisis como ésta han sido el pan cotidiano desde hace cinco mil o más años. En cada gesto, en cada rasgo de la conducta de los hombres de esas latitudes, vemos una familiarización, una serenidad y un poder de recuperación frente a las épocas de infortunio que les han permitido superarlas para continuar su labor civilizadora. Nada de esto aparece en nuestros países. Caemos de inmediato en la desenfrenada demagogia, en el 'sálvese quien pueda' y en delirante liquidación de lo poco que va quedando a nuestro alcance para enfrentar los malos tiempos. Definitivamente hay lugar a pensar que ahora sí nos dejó para siempre el tren de la historia», «Hora de tinieblas», 1982 (DL, p. 210-211).

<sup>76</sup> «El otro Bolívar», *Novedades*, México D.F., 18 de marzo de 1980 (PP, p. 485).

infiel»<sup>77</sup>. Los acontecimientos políticos inmediatos, dice, lo dejan indiferente<sup>78</sup>, pues la política es una de las formas de la superficialidad<sup>79</sup>. De ahí su impasibilidad ante los hombres y las cosas que no tengan «la dorada lejanía de la historia».

---

77 «Mira, yo tengo una ausencia total de interés por todo fenómeno político posterior a la caída de Bizancio en manos de los infieles... Esto parece cínico, parece que estuviera haciendo una frase, pero te juro que tengo la incapacidad, no digo ya la falta de interés, no, la incapacidad de juzgar los asuntos políticos. A mí la violencia me dejó completamente indiferente. (Mutis se refiere a la guerra entre liberales y conservadores que asoló a Colombia en la década de 1950). Es horrible, porque la violencia desangró este país, fue una lacra que lo deshizo y lo deshace. Pero los hombres y las cosas que no tengan ya la dorada lejanía de la historia, cierta grandeza, me dejan impasible, no los frecuento», entrevista por Alfredo Barnechea y José Miguel Oviedo, 1974, *op. cit.* (PP, p. 584).

78 «Yo he sido muy insensible siempre al fenómeno político inmediato. Nunca he votado, nunca me ha interesado », entrevista por Jacques Gilard, *op. cit.*, p. 190. A pesar de sus declaraciones de desinterés, en esta jugosa entrevista Mutis da bastantes opiniones críticas sobre el mundo político colombiano contemporáneo. En contravía de lo que pudiera esperarse de un escritor que se autodefine como «reaccionario monárquico», afirma Mutis que el progresista presidente liberal Alfonso López Pumarejo (1934-1938; 1942-1945) «como político es el único colombiano que de veras ha tenido un proyecto de país, y que ha intentado cumplirlo. Ante todo contra los propios liberales que fueron sus peores enemigos» (*Idem*, p. 191). Sorprenden también sus cálidos elogios al intelectual comunista Jorge Zalamea Borda, «El único escritor que yo conocí (Mutis habla de los años 40 y 50), que se jugó la figura totalmente, hasta acabar en la cárcel. El resto es una farsa. (...) Él, (se refiere a Zalamea), anteriormente jugó el juego del doctor Alfonso López Pumarejo. *Y yo lo hubiera jugado también*, por lo que ya hablamos. Porque cuando López dijo que había que cambiar el país y que convenía crear una fuerza sindical, él la creó. Y mandó edificar la ciudad universitaria...» (*Idem*, p. 190; las itálicas son mías). «En Colombia, desde la Independencia, lo que se ha hecho es conformarse. Salvo López Pumarejo en política y Jorge Zalamea en literatura. (...) Ahí estaban todas las respuestas a lo que se está viviendo. Ahí estaban.» (*Idem*, p. 192). Muy significativa también es la siguiente apreciación, entre líneas, sobre la revolución cubana: «...creo que fue en el 65, o un poco más tarde. Él (Zalamea) iba para Cuba. Esa noche, hablamos sobre Cuba. El no se engañó nunca. Yo creo que es válido que él haya jugado esa carta, como provocación, y además para participar en lo que salvable había en eso. Lo que él hizo es muy inteligente. Es decir, pensar íntimamente: 'Esto termina en una mierda y en el estalinismo pero, un momento, esto no es todo así; esto no comenzó así ni todo es estalinismo'. Y mire que le está hablando un reaccionario monárquico. En fin... (risa)» (*Idem*, p. 191).

79 «La política me ha parecido siempre lo que dice Borges: 'una de las formas de la superficialidad'. (...) Visto a la distancia, con la lejanía de la historia, el trazo de una carrera política me llama mucho la atención. (...) Pero la política actual, la de todos los días, es algo que no me dice nada» (CF, p. 67).

## El espejismo del poder

¿Qué admira Mutis en la lontananza de los siglos pasados? Al poder, pero visto a distancia y como espectáculo.<sup>80</sup> Y al poder ejercido de manera absoluta, «que es una cosa que a mí me fascina: la totalidad del poder en manos de un hombre. Eso me parece admirable, me parece admirable Calígula, me parece admirable Constantino Paleolo, el último emperador de Bizancio. La gente que con la totalidad del poder decide de su vida y la del resto de los mortales, para bien o para mal.»<sup>81</sup>

Coherente con su sentido trágico de la existencia, Mutis estima particularmente al hombre de poder «que asume la responsabilidad de una tarea conociendo su inutilidad final, su pequeña vanidad, su ninguna importancia en el panorama del destino de los hombres, pero (que) la cumple bien y a cabalidad»<sup>82</sup>. Tal es el caso de sus muy amados reyes Luis IX de Francia y Felipe II de España<sup>83</sup>, fieles y escrupulosos servidores de ese «orden universal católico» tan caro a Mutis, quien considera que «si Felipe gana su lucha contra los herejes (protestantes) nos hubiéramos evitado males tan tremendos como la igualdad, fraternidad, libertad, el liberalismo manchesteriano, la libertad de cultos, la igualdad de las personas ante la ley, la clase obrera, el abolicionismo de la esclavitud, la libertad de las colonias y tantas otras ñoñeses de la época»<sup>84</sup>.

<sup>80</sup> «Es hasta un poco grotesco pensar en la situación de un hombre que cree cumplir una misión y ver que realmente lo que tiene en las manos es nada, sólo un puñado de arena. El poder me fascina visto a distancia y desarrollándose como en escenario. Jamás he tenido por el poder el menor respeto ni simpatía» (CF, p. 66-67).

<sup>81</sup> Entrevista por Alfredo Barnechea y José Miguel Oviedo, 1974, *op. cit.* (PP, p. 585).

<sup>82</sup> CF, p. 25.

<sup>83</sup> Sobre las reiteradas manifestaciones de admiración de Mutis por Felipe II, véanse DL, p. 145-146; TR, p. 142 («Siempre ha sido –Felipe II– una personalidad y una presencia obsesionante para mí»); CM, p. 35 («Hubiera querido vivir durante buena parte del reinado de su muy católica majestad el rey Felipe II, gozando de la confianza y el aprecio del monarca»). Entre los actuales gobernantes, Mutis concentra sus elogios en otro monarca español, Juan Carlos I, considerado como digno sucesor de sus reales ancestros («El ejemplo de un gran monarca», *Novedades*, 6 de marzo de 1980, TL, p. 145-147), «ejemplo admirable y nobilísimo de rigor, equilibrio y humana comprensión» («Juan Carlos I o el deber como destino», *Novedades*, 11 de octubre de 1980, DL, p. 166-167), que da «al mundo, cada día, una severa lección de sacrificio, de inteligencia y de buen gobierno» (DL, p. 147), de «agudo y discreto manejo» de los problemas políticos («La lección del buen rey Enrique», *Novedades*, 21 de febrero de 1981, DL, p. 176-177). Tan encendidos elogios se sitúan en una nunca desmentida devoción de Mutis por muchos monarcas españoles: «La actitud serena, inteligente, conciliadora pero firme, del rey Juan Carlos I, se identifica, por su lado, con la que observaran los Reyes Católicos, Felipe II, Felipe III, Isabel II y Alfonso XIII, prolongando así una tradición de agudeza política, alto sentido del deber y justificada reserva hacia los halagos de cortesanos y logreros», («Mil años conspirando», *Novedades*, 30 de abril de 1982, DL, p. 216).

<sup>84</sup> CM, p. 36-37.

En la visión histórica de Mutis, Simón Bolívar desempeña el triste papel de guerrero admirable pero político iluso al que en los umbrales de la muerte ronda la amargura y el desengaño tras haberse echado encima la responsabilidad de un caos independentista que lo desborda y en el que se enreda fatalmente. He aquí las palabras que coloca Mutis en boca de Bolívar en sus postreros momentos:

¡Qué poco han valido todos los años de batallar, ordenar, sufrir, gobernar, construir, para terminar acosados por los mismos imbéciles de siempre, los astutos políticos con alma de peluquero y trucos de notario que saben matar y seguir sonriendo y adulando! Nadie ha entendido aquí nada. La muerte se llevó a los mejores, todo queda en manos de los más listos,<sup>85</sup> los más sinuosos que ahora derrochan la herencia ganada con tanto dolor y tanta muerte...<sup>86</sup>

Sólo resta al «Libertador» rescatarse asumiendo lúcidamente su trágico destino. Igual sucede con Alar el Ilirio, figura central de *La muerte del estratega*, quien «tiene mucho de mi manera de pensar y de vivir el mundo»<sup>87</sup>. En este relato que Mutis escribió en la cárcel de Lecumberri y que afecciona de manera particular, Alar (¿Alvar?), general estratega del ejército bizantino y jefe de una provincia del imperio, agoniza dejando de creer en la autoridad de los emperadores y en la fe que debía defender. Ante esa última batalla perdida de antemano que es la muerte, sólo la reminiscencia de un intenso amor va a redimir de un total sin sentido. Felipe II recuerda a «la tuerta», Bolívar a Manuelita Sáenz, Alar el Ilirio a Ana la Cretense. Cuando a Alar, herido gravemente, comienza a llegarle la muerte, le viene de repente la gozosa confirmación de que

con el nacimiento caemos en una trampa sin salida. Todo esfuerzo de la razón, la espiciosa red de las religiones, la débil y percedera fe del hombre en potencias que le son ajenas o que él inventa, el torpe avance de la historia, las convicciones políticas, los sistemas de griegos y romanos para conducir el Estado, todo le pareció un necio juego de niños.<sup>88</sup>

Y, ante el vacío que avanzaba hacia Alar a medida que su sangre se escapaba, el recuerdo de Ana la Cretense se alzó

para decirle al Estratega que su vida no había sido en vano, que nada podemos pedir, a no ser la secreta armonía que nos une pasajera y misteriosamente con ese gran misterio de los otros seres y nos permite andar acompañados una parte del camino.<sup>89</sup>

<sup>85</sup> Sobre el desprecio de Mutis por este tipo de personajes véase su poema «Los listos», uno de los *Doce carmina contra gentiles*.

<sup>86</sup> *El último rostro* (PP, p. 180).

<sup>87</sup> Entrevista por Guillermo Sheridan, 1976, *op. cit.* (PP, p. 635).

<sup>88</sup> *La muerte del estratega* (PP, p. 207).

<sup>89</sup> *Ibidem*.

RESUMEN - A pesar de su visión de la historia como un magma que se mueve y se desplaza sin propósito alguno, Alvaro Mutis nutre sus reflexiones sobre la condición humana con la evocación de hechos y personajes históricos que expresan sus fobias y filias que el presente artículo analiza.

RÉSUMÉ - Bien qu'il conçoive l'histoire comme un magma qui se meut et se déplace sans aucune finalité, Alvaro Mutis nourrit ses réflexions sur la condition humaine avec l'évocation de faits et personnages historiques qui expriment ses phobies et ses philias analysées dans le présent travail.

ABSTRACT - In spite of his vision of History as a magma which moves and advances without a specific aim, Alvaro Mutis feeds his thoughts about human bondage by evocating historical facts and characters which express his «phobias and philias», such as they're analyzed in this article.

*PALABRAS CLAVES: Alvaro Mutis, Colombia, Siglo XX, Historia, Literatura.*